

Yabado 10 Febrero 1968 22

PEQUEÑA CRÓNICA DE LA CIUDAD

La última balandra isleña

Por Juan Antonio Padrón Alborno

En el varadero de Industrias Marítimas descanso de sus velas singladuras una balandra sueca. Mientras, en su casco resuena el concierto del trabajo y los carpinteros de ribera se afanan en torno a ella.

En la playa de Las Gaviotas, batidos por la mar, los restos de la "Herbania", la última balandra tinerfeña, se resisten a morir. Y hay como un recuerdo en el puerto hacia ella a la vista de la estampa marinera de su congénere sueca. En diciembre de 1965, la "Herbania", en su duro lecho de rocas, recordaba el perdido faucho que cantó Antonio Machado. Vencida, se resistía a volver a la mar que, cercana y nostálgica, parecía llamarle con su eterna, susurrante canción de rotas espumas.

Impúdica, daba al aire el brillante, metálico forro de sus fondos mientras en vertical, sus palos parecían lanzarse a la conquista del cercano acantilado.

Tras 42 años de continuo navegar y batallar con la mar, la "Herbania" se dejó en la costa el recio costillar de sus cuadernas. Resistió el casco, afirmado en tierra, como cansado, a los tirones de las estachas, tensas y vibrantes por los esfuerzos de los miles de C.V. que galopaban en los diesels. Mientras, batían las hélices con furia y, a borbotones, la espuma se escapaba y formaba blancos ríos sobre la mar azul.

La última gran balandra de matrícula tinerfeña—balandra en la terminología náutica cubana y canaria, que no en la peninsular—se nos iba dejando solo en la mar al "Guanchinerfe". Ambos habían marchado siempre hermanados desde los días en que a la mar se lanzaron desde un mismo astillero y para un mismo armador.

Más fino, el "Guanchinerfe" se adornaba con la esbeltez de su aparejo de pailebot y remataba sus dos palos con la gracia insuperable de altos masteleros. La "Herbania" parecía maciza en la mar al faltarle la proporción del mesana, acentuando esta impresión, puramente estética, la supresión del mastelero.

Se nos fue la "Herbania" y hoy la recordamos—lo haremos

siempre—a la vista de su congénere sueca. Se nos fue con su bauprés altivo, digno de la sonoridad de Tomás Morales o del verso recio de un Neruda. Ambos sintieron la restallante canción de unos focos tensos, repletos de viento y luz, sobre el erguido bauprés y policomado mascarón.

Morales supo cantar a la vieja fragata, ducha navegadora, de aparejo cansino, y al pobre velero de podridas maderas y agrietado pañol. Neruda los plasmó, allá en los mares australes, venciendo a las empenachadas, frías olas.

La "Herbania" se mantuvo firmemente asentada en tierra, "hizo cama", que decían los viejos costeros. Sus velas flácidas colgaban de pices y botavaras, añorando la mar libre y el viento fuerte.

En la Caleta del Mármol apuntaron su casco las rocas, a las que se encaramaban las olas para llamarla y pedirle—vana súplica—que volviese a la mar huérfana de sus velas. Durante más de cuatro décadas, su proa abrió surcos en el Atlántico canario y su estampa marinera se hizo conocidísima en todo el Archipiélago, pero en especial en Fuerteventura y Tenerife.

Desde la fuerteventurera isla africana de Unanuno—hermosa roca sedienta al sol, isla sufrida y ermitaña—, trajo a la del Teide, en viajes innumerables, la piedra de cal de sus canteras y suelo escueto y gris.

Nació la "Herbania" en época en que la blanca poesía de la vela aún se defendía, precariamente, en viajes de altura. Aquí cruzó, en años idos, su humilde estampa con los espléndidos "L'Avenir", "Suomen Joutsen", "Danmark", "Mercator" y otros muchos que largo sería recordar. En puerto también estaba cuando—verdadero canto del cisne—por aquí recalaron las "Pamir" y "Passat" y adornaron el puerto con la gracia de sus altos palos y el flamear de sus velas.

La balandra sueca descansa de sus singladuras y, al mismo tiempo, se prepara para iniciar otras. En la Caleta del Mármol, calcinándose al sol, lo poco que queda de la "Herbania" escucha el reír y hervir de la mar.